

ELLY
Griffiths

El secreto
del
rey cuervo

Traducción:

JOFRE HOMEDES BEUTNAGEL



MAEVA | NOIR

*Para John Maxted
y Sarah y Michael Whitehead*

Los escenarios de la novela



¡Repetid la melodía! Tenía una cadencia...
Acarició mis oídos como el dulce son
Que, alentando sobre un lecho de violetas,
Roba y regala perfume. ¡Ya es bastante!
Ahora no es tan grata como lo era antes.

SHAKESPEARE, *Noche de reyes**

* La traducción de todas las citas de obras de Shakespeare corresponde a Ángel-Luis Pujante.

Prólogo

AL PRINCIPIO NI siquiera tiene miedo, aunque su habitación esté llena de humo, y aunque al llegar a la escalera el impacto del calor lo haga retroceder con los ojos llorosos. Solo es un incendio, sabe cómo reaccionar. Se lo enseñaron hace unos treinta años, cuando era lobato en los *boy scouts*. Además, vive en una casita de dos plantas, no en el *Coloso en llamas* (película que, ahora que lo piensa, debió de ver en la misma época). Sabe que la ventana del dormitorio no se abre y que la del baño es demasiado pequeña, pero que la puerta principal queda solo a unos pasos, al final de la escalera. Tampoco puede ser tan difícil.

Vuelve al baño y, sin perder la calma, moja una toalla, como le enseñó Akela. Se la pone alrededor de la cabeza y empieza a bajar por la escalera. Pues sí, es difícil, sí; no se le había ocurrido que lo fuera tanto. Siempre que leía sobre gente que se había quedado en *shock* en un incendio por el «muro de calor» pensaba: «¡Qué blandengues! Si solo es aire caliente. Lo cruzas y ya está». Pero es que esto ya no parece aire, sino algo sólido. Tiene que abalanzarse contra él con todo el peso de su cuerpo. A los tres pasos, ya no tiene fuerzas, y el calor sigue en aumento. La toalla no le permite ver bien, pero no le impide oír el fuego: una especie de rumor sordo que llena toda la planta baja. También lo huele. Es un olor industrial muy intenso.

Oye algo más: sirenas. Alguien habrá llamado a los bomberos. ¡Aleluya! Está salvado. Se deja caer por los pocos escalones

restantes hasta que llega a la puerta. El pomo quema tanto que se le pega a la mano, pero no lo suelta. Lo gira con todas sus fuerzas mientras empuja la puerta con el hombro. Se le cae la toalla. De repente se ahoga. El recibidor está lleno de un humo denso y negro. No puede respirar. Gasta su última pizca de energía en cargar contra la puerta. Es cuando descubre que está cerrada con llave. Por fuera.

Y entonces empieza, ahora sí, a tener miedo.

1

RUTH OYE EL teléfono al abrir la puerta y se queda dudando en el umbral. Todos sus amigos tienen su número de móvil. Al fijo solo puede llamarla su madre o un comercial para aislarle las ventanas; es verdad que las de su casa tiemblan con el viento, pero es como le gusta tenerlas, «muchas gracias por llamar». Normalmente, su madre solo quiere hablar con ella para torturarla. («El otro día vi a la hija de Janice, que es médica de familia. Sigue tan delgada y guapa como siempre. Tiene tres hijos, todos tocan el violín. ¿Qué tal el régimen?») Decide ignorarlo, pero Kate, su hija de dieciocho meses, entra corriendo.

—¡Ring, ring! —grita.

Luego descuelga y dice claramente *piss*, «pipí».

Ruth le quita el auricular de las manos mientras maldice a Cathbad, el padrino druida de la niña, por haberle enseñado la palabra *peace*, «paz», como saludo multiusos.

—¿Diga?

—¿Ruth? —Es una mujer y está riéndose—. ¿Alguien acaba de decir «pipí»?

—Era Kate.

Ruth consulta su lista mental de conocidos. ¿Quién será? ¿Alguien de la universidad? ¿Una comercial especialmente campechana? El caso es que la voz le suena...

—Ruth, soy Caz. Carol.

Carol. Una de sus mejores amigas de la universidad, estudiante de Arqueología, compañera de piso, fiel cómplice de borracheras y guardadora de secretos. Ruth se siente culpable al caer en la cuenta de que el año anterior, al cambiar de número de móvil, debió de olvidarse de Caz. Hacía casi tres años que no hablaban.

—He intentado llamarte al móvil —dice su amiga—, pero no contestaba nadie.

Lo normal, porque el móvil anterior de Ruth descansa en el fondo del mar, a menos que las olas lo arrastrasen hasta alguna playa del norte de Norfolk.

—Lo siento —dice—, tengo uno nuevo, y la verdad es que soy un desastre con las actualizaciones.

—Tranquila —contesta Caz—. Me alegro mucho de oírte.

—Yo también.

Siente un arrebatado de cariño hacia su amiga, siempre tan estilosa, con su pelo en punta, su dominio de los juegos de mesa con chupitos y su afición a los cócteles explosivos y los muros de piedra seca; la anarquista de Caz, con su boina indómita. Ahora es contable.

—Me sabe fatal, Ruth. —El tono de Caz ya no tiene nada de risueño—. Te llamo para darte una mala noticia.

—Vaya...

Ruth vuelve a consultar su lista de amigos. ¿Se ha muerto alguien? ¿Alguna enfermedad? Acaba de cumplir la edad en la que sus amigos empiezan a parecer mortales. Ve entrar a Kate con *Sílex*, el gato de la casa, en brazos.

—¡Aaah! Mi *Sílexito*.

—Déjalo en el suelo, Kate.

Sílex se asoma con cara de mártir tras el hombro de la niña.

—¿Qué? —dice Caz.

—Perdona, se lo decía a Kate.

—Ah, sí, no me acordaba de que tenías una hija. ¿Cuántos años tiene ya?

—Casi dos.

Le parece una tontería decir dieciocho meses, y tampoco ha percibido un interés especial por parte de su amiga, madre de tres retoños.

—Qué mona —responde esta, escueta—. Bueno, al grano. Es Dan, Dan Golding.

—¿Dan? ¿El gran Dan?

Dan Golding, «el gran Dan». Ningún arqueólogo ha molado nunca tanto. El Indiana Jones de la UCL. Ruth llevaba años sin saber nada de él, aunque siempre se lo imaginaba haciendo cosas increíblemente emocionantes, como encontrar el arca perdida de la Alianza, protagonizar una película de Hollywood o casarse con Angelina Jolie.

—¿Qué le ha pasado? —pregunta.

—Se ha muerto —dice Caz—. Lo he leído en el periódico. Trabajaba en la Universidad de Pendle, ha fallecido en un incendio.

—Madre mía...

No se le habría ocurrido en la vida: Dan Golding víctima de algo tan sencillo y devastador como un incendio. ¿La Universidad de Pendle? Es una de las nuevas, como la de Norfolk Norte, que es donde trabaja ella. No es ninguna crítica. Lo que pasa es que siempre se lo había imaginado en Cambridge o en Harvard. O buscando perlas en alguna isla de los mares del Sur.

—No sabía que estuviera trabajando en Pendle —dice de forma torpe.

—Yo tampoco. Con lo cerca que me queda...

Claro, es verdad: Caz vive en el norte.

—¡Qué horror! —exclama—. Acabo de leerlo en el periódico local: «El arqueólogo Daniel Golding aparece muerto en su casa de Fleetwood». La verdad es que al principio no me ha sugerido nada, porque para mí nunca había sido Daniel.

—Y cómo... ¿Cómo ha pasado?

—Lo único que pone en el artículo es que murió en un incendio doméstico. Se ve que se quemó toda la casa. Lo están atribuyendo a algún problema con el cableado eléctrico.

El cableado eléctrico. Pero ¿es posible que al gran Dan lo haya destruido un trozo de cable o una toma de tierra defectuosa? No se lo puede creer.

—¿Estás segura de que es él? —pregunta, de repente esperanzada—. ¿Nuestro Dan?

—Sí. —Caz suspira con tristeza—. He llamado a su hermana. ¿Te acuerdas de Miriam, que iba dos cursos por delante de nosotras?

Ruth recuerda con vaguedad una presencia oscuramente glamurosa en alguna de sus fiestas. Miriam Golding. Había oído rumores de que trabajaba de modelo.

—¿Cómo la has localizado?

—No me ha costado nada. Está en Facebook.

Lo de Facebook nunca ha acabado de pillarlo. Es otro aspecto del mundo moderno que parece que la supere. No le ve la gracia a tener que informar a tus amigos cada vez que te preparas una taza de té; amigos que, en su caso, forman un grupo cada vez más reducido y selecto.

—Mañana es el entierro —comenta Caz.

—¿Tan pronto?

—Dice Miriam que es la tradición judía.

Ruth ni siquiera sabía que Dan fuera judío. En su época de estudiantes no hablaban mucho de religión; sí del sentido de la vida, pero no de las creencias cotidianas. Además, eran los tiempos en que Ruth no quería saber nada del evangelismo de sus padres, y que cualquier mención a Dios la habría hecho salir por patas.

—Me habría gustado ir —dice con sinceridad.

—Ya. Si el protocolo permite mandar flores, que no lo sé, mandaré un ramo de parte de las dos.

—Gracias, Caz.

—Estoy contenta de haber hablado contigo, Ruth. Ha pasado demasiado tiempo.

—Es verdad.

—Podrías venir alguna vez a Lytham.

Ruth se ríe.

—No te digo que no.

En su fuero interno está pensando que, con las cosas que han pasado en los últimos años, cualquier excursión más allá de ir a buscar comida al chino requeriría una dosis de escopolamina.

—También puedes venir tú a Norfolk —dice.

Esta vez es Caz quien se ríe.

—Nunca se sabe. Cuídate, Ruth.

MIENTRAS HACE LA cena piensa que se siente más lejos de Caz, que vive en el norte de Inglaterra, que de su vecino Bob, que en ese momento está de regreso a su Australia natal. No puede ser solo la distancia. Lo cierto es que cuando Caz se casó (con Pete, otro amigo de la universidad) y fue madre, empezó a alejarse de Ruth, entonces soltera y sin hijos; de la misma manera que hace unos ocho mil años subió el nivel de los océanos y, al convertirse el río en mar, Gran Bretaña quedó separada de la masa continental europea. Tiene la sensación de pertenecer a otra especie diferente de la de su antigua amiga. Es verdad que ahora tiene una hija —es curioso que Caz no se acordara, aunque hay veces en que a la propia Ruth le cuesta creérselo—, pero sigue sin tener la sensación de ser una Madre —en mayúscula—, y tampoco es que nunca haya sido una Esposa.

El trabajo es otra cosa que la diferencia de su amiga de la universidad, que, como casi todos los alumnos de su promoción, abandonó hace tiempo la arqueología por una carrera más lucrativa.

Tiene algo quijotesco, casi excéntrico, seguir excavando, cribando y dando clases sobre hachas de sílex. Ahora que lo piensa, probablemente Dan fuera el único compañero de la promoción de 1989 que aún estaba vinculado a la arqueología. Fueron los únicos del curso en sacar matrícula de honor. En retrospectiva, sin embargo, cree recordar que ella no se apasionó por la arqueología hasta sus estudios de posgrado, cuando conoció al brillante y carismático profesor Erik Anderssen, Erik el Vikingo. En fin... Erik murió y, aunque lo siga haciendo, cada vez sueña menos con él. Ella, en cambio, sigue dale que te pego con la arqueología. Lo sorprendente es que Dan tuviera un trabajo con tan poco glamour y un sueldo tan escaso como el de ella. Ahora también está muerto.

Lleva la pasta al jardín delantero, donde hay una mesa de plástico. En atardeceres así, cenar fuera es una juiciosa precaución contra la debilidad de Kate por embadurnar de comida cualquier superficie que la rodee, y también un verdadero placer. A pesar de que aún hay luz, se palpa un aire suave, diluido. Al otro lado de la valla de Ruth hay hierbas altas, marrones y doradas, con algún que otro destello azul oscuro donde la marisma deja paso al mar. La arena reluce como un espejismo en la distancia. Al fondo, entre susurros, sube el nivel del mar, precedido por un alto vuelo de gaviotas.

Ya hace trece años que Ruth vive ahí, y nunca se ha cansado del paisaje, de la solitaria belleza de la marisma ni de la sobrecogedora inmensidad del cielo. Es un lugar aislado como pocos, con solo tres casas al borde de una carretera que no va a ninguna parte. Uno de sus vecinos, Bob Woonunga, es un poeta

aborigen australiano que pasa gran parte del año en las antípodas. La otra casa, de alquiler vacacional, es de una pareja que parece haberse olvidado de que existe, aunque de vez en cuando va su hijo con los amigos de la universidad para un fin de semana de ruido, juerga y surf. En el fondo, a Ruth le gustan esos fines de semana, aunque *Sílex* odie el olor a marihuana y los remixes de N-Dubz tengan a Kate toda la noche en vela.

Bob volverá en julio, pero Ruth es muy consciente de que no se estará mejor que en ese momento, en pleno junio. En agosto el cielo se habrá puesto gris, y las calles de King's Lynn se habrán llenado de estudiantes aburridos en busca de distracciones. Ahora, en cambio, en período lectivo y con los exámenes a todo gas, el sol tiene la poca sensibilidad de brillar un día tras otro. Le da pena por los chavales, pero para ella el buen tiempo ha llegado en las fechas idóneas.

Junio es el mes de su excavación universitaria anual, que ese año será cerca de Swaffham, en un yacimiento romano. Ruth da clases de Arqueología Forense, sobre todo a alumnos extranjeros, y le parecería una injusticia hacerles sufrir el clima de Norfolk en invierno, o incluso en primavera. La excavación de junio serán los primeros deberes prácticos que les pondrá. Para ella, también será la primera en bastante tiempo, con la ventaja añadida del cariño que le inspira el yacimiento. El primero en descubrir los restos romanos, que prometen formar parte de un asentamiento de tamaño respetable, fue Max Grey, un arqueólogo de la Universidad de Sussex, que es su... Ante la idea de definir su relación con Max, sus pensamientos huyen despavoridos, como siempre.

Cansada de tirar pasta, Kate sale en busca de *Sílex*. Ruth la sigue sin dejar de mirar el reloj: las siete. Si logra mantener ocupada a su hija media hora más, conseguirá que duerma bien. Ella también está cansada. Hacía mucho tiempo que no pasaba todo un día al aire libre. No es que no disfrute dando clases, pero su

auténtica afición es excavar. Le encanta la mezcla de orden minucioso y trabajo extenuante. Pocas cosas le apasionan tanto como pasar de dar paletadas como un peón de obra a limpiar el polvo de un fragmento de hueso. La enamoran las zanzas de lados bien rectos, con los distintos estratos dibujados a la perfección. Todavía se acuerda de cuando encontró allí mismo, en la marisma, el cadáver de una niña de la Edad del Hierro que aún llevaba una pulsera de hierba en la muñeca. Fue el día en que conoció al inspector Harry Nelson.

Kate descubre a *Sílex* en el jardín trasero y se lanza a perseguirlo entre las zarzamoras. Ruth se sienta en la hierba, mirándolos, y piensa en Max, Nelson y Dan. De Dan nunca estuvo enamorada, pero en ese momento su amistad se le aparece más intensa y dulce que cualquier amor. Puede visualizar sus facciones sin problema, mientras que, por otra parte, le costaría recordar las facciones de Peter, el hombre con quien vivió casi diez años. También sus años en la universidad parecen bañados de pronto en una luz mucho más viva que la penumbra de ese atardecer en el jardín.

Piensa en Gordon Square, en el bar del sindicato universitario, en cervezas de una libra por pinta, en el autobús nocturno, en el *kebab* de Bilal, en tardes tranquilas con la radio puesta y en Sonia cantando *You'll Never Stop Me Loving You*. ¿Por qué no se esforzó un poco más en mantener el contacto con Dan? Es consciente de que, al ser hija del Londres más obrero, ese vástago de intelectuales de Islington siempre la intimidó un poco. Se acuerda de que tocaba el piano casi como un concertista, de que sabía contar chistes verdes en varias lenguas y de que estuvo un año en Japón aprendiendo el idioma. Eran amigos e iban a la misma clase, pero en otros aspectos los separaba todo un mundo. ¿Cuándo se habían visto por última vez? Cree que en la boda de Caz. Lo recuerda improvisando al piano, con una chica muy estilosa colgada de él como una estola. «Vamos hablando», le

dijo Dan después de anotarle su número en una hoja arrancada de un talonario. La hoja la ha tenido guardada muchos años (¡un talonario! ¿Aún hay alguien que los use?). El número, en cambio, no llegó a marcarlo nunca.

Kate se pone a llorar después de haberse pinchado con las zarzas. Ruth se la lleva al piso de arriba para meterla en la bañera. *Sílex* las sigue. No es la primera vez que se fija en que, si bien el gato se pasa el día huyendo de la niña, se aprecia en él un gran deseo de estar cerca de ella. Siempre sube a la hora del baño y del cuento, y suele dormir en el rellano de delante del cuarto de Kate. Lo de acostarse siempre a la misma hora, a rajatabla, es una innovación bastante reciente que Ruth está resuelta a mantener. Tras insistir en que a las siete y media hay que estar en la cama, y a las ocho con la luz apagada, por fin ha logrado reconquistar parte de las noches para su uso y disfrute. Lleva todo el día con ganas de sentarse abajo con una copa de vino y disfrutar de la sensación de que le pesen las piernas y los brazos mientras ve cualquier chorrada en la tele y piensa en la excavación.

Ahora, sin embargo, está segura de que pensará en Dan: en cuando se disfrazó de Margaret Thatcher para molestar a un dignatario de visita, en el pingüino que en teoría secuestró del zoo, en lo increíblemente bien que se sabía las letras de David Bowie y en cuando —después de emborracharse con Pernod barato— la besó en el autobús 68 a Camberwell Green.

Esa noche todo sale a pedir de boca. Kate se duerme antes de que ella, con tono intencionadamente aburrido, haya terminado de contar las payasadas de Dora la Exploradora. Baja de puntillas y, mientras se sirve el vino, piensa que no supo aprovechar su amistad con Dan, el haber conocido a un intelecto realmente original y anárquico. Debería haber mantenido el contacto. Habrían tenido algo en común, a pesar de todo. Las diferencias de clase se difuminan con los años. Además, ahora ella es de clase media. Escucha Radio 4, lee *The Guardian* y lleva décadas sin

pronunciar la palabra *pardon*. Podrían haber hablado de arqueología y haberse visitado en sus respectivas universidades. Quizá, por extraño que suene, si hubiera mantenido el contacto, su amigo no habría muerto en un incendio doméstico, lejos de todos los que lo conocían y querían. Debería haber sido mejor amiga. Ahora es demasiado tarde. Nunca más tendrá noticias tuyas.

Al día siguiente, recibe una carta de él.